



TEATRE NACIONAL
DE CATALUNYA

Llegir el Teatre – EL PES D'UN COS

Ser o no ser (un cuerpo)

Santiago Alba Rico

FONT: ALBA RICO, SANTIAGO. *Ser o no ser (un cuerpo)*. Barcelona: Editorial Planeta, S. A., 2017

Selecció de dos fragments de l'assaig de Santiago Alba Rico que reflexiona sobre el cos, com l'ésser humà – en el context capitalista i tecnològic en que vivim – es passa la vida fugint del seu cos. Però... què passa en la malaltia o la vellesa?

INTRODUCCIÓN

(...)

El libro que el lector tiene en sus manos se titula *Ser o no ser (un cuerpo)*, título que de alguna manera sugiere una alternativa y una elección. ¿Es mejor vivir con cuerpo o sin él? ¿Podemos escoger entre tener o no tener cuerpo? La tesis que propongo es la de que, en términos económicos y culturales, nuestra civilización capitalista global ha tomado partido contra él, con el resultado de que nuestras taxonomías sociales han acabado por identificar simbólicamente, pero con terribles efectos materiales, exclusión y sobrecorporalidad: sólo los pobres, los gitanos, los inmigrantes y, por supuesto, los viejos y los enfermos —antinomia clandestina de la publicidad comercial— tienen cuerpo, acarrear sin solución, si se quiere, 40.000 años de historia sobre sus hombros. La Historia es la historia de nuestras fugas y nuestras caídas. El tiempo se aburre en los cuerpos y quiere discurrir —deprisa deprisa— sin ellos. Huye sin parar. De estas múltiples fugas, intracorporales, intercorporales y extracorporales, dinámica inalienable de la cultura humana, y de sus no menos inevitables fracasos o recaídas, me ocupo en los seis capítulos que componen este ensayo. Hoy no necesitamos el cuerpo para nada, ni siquiera para el deseo y apenas ya para el trabajo. El cuerpo es un dinosaurio o una piedra de sílex. ¿O



todavía nos hace falta? Me temo que aún lo necesitamos para cuidarnos los unos a los otros en una sociedad de incuria o de descuido, como la califica Bernard Stiegler. Y lo seguimos necesitando —el cuerpo— para nacer y para morirnos en una sociedad que se ha prometido a sí misma la inmortalidad, pero que sigue dependiendo del vientre de las mujeres para repetir la vida.

(...)

LOS TRES MEDIOS, LOS TRES FRACASOS

¿Cómo huimos del cuerpo? ¿Cómo recaemos en él? Mi propósito es que hablemos de estos medios —de fuga y de recaída— en las páginas que siguen, pero conviene adelantar ahora al menos sus nombres y sus lugares. La fuga organizada del cuerpo utiliza tres conductos o medios. Los primeros son medios intracorporales: se huye del cuerpo a través de él. Los segundos son medios intercorporales: se huye del cuerpo entre los cuerpos. Los terceros son extracorporales (o exosomáticos, como diría Georgescu-Roegen): se huye de los cuerpos prolongándolos en el exterior. 1. El danzarín, por ejemplo, no tiene cuerpo; se libra de él, como el piel roja kafkiano, en sus giros de peonza. Su egoísmo total abole el ego mismo. La danza es uno de esos medios culturales milenarios, asociados a la búsqueda humana de una «salida», que atraviesa nuestra evolución social desde el principio de los tiempos. Eso que llamamos «cultura» antropológica —la danza, pero también la música en general, los tatuajes, las ceremonias, la sexualidad— absorbe o enjuga el cuerpo desde dentro: el cuerpo se convierte en territorio desde el que se opera y sobre el que se opera una salida al interior. «Danzar, como vomitar, produce alivio», decía Ogotemmelí, el viejo cazador dogón entrevistado por Marcel Griaule en 1948. 2. Entre los medios intercorporales tenemos sobre todo el lenguaje, del que somos un producto y con el cual, al mismo tiempo, producimos nuevos malentendidos. La peculiaridad de las palabras es que están dentro y fuera de nosotros: hablamos en la intimidad la lengua de otros, de nuestros padres, de nuestros vecinos, de nuestros enemigos. Ni en silencio podemos escapar a esta forma de escapar: nacemos en el vientre materno, pero también, o, sobre todo, en la lengua materna, y cuando aprendemos a nombrarnos a nosotros mismos y a nombrar las partes del cuerpo (boca, pene, vagina, ano, pero también, sencillamente,



pierna) tomamos conciencia de que nuestro cuerpo es una frase mal pronunciada y de que sólo podemos huir de él haciendo frases sin parar. El lenguaje, que nos permite hacer listas, nos permite también columbrar sus falsos huecos: algo así como espejismos verbales a los que nos acercamos indefinidamente acumulando verbos. Se habla contra el cuerpo, se escribe — Kafka lo sabía muy bien— contra él y, sin embargo, resulta que sólo tenemos cuerpo por esa lucha. Los otros animales, decíamos más arriba, no tienen cuerpo; no tienen un animal dentro. Las recaídas propiamente lingüísticas en el cuerpo se llaman errores gramaticales y poesía. 3. Los medios extracorporales son aquellos que reunimos bajo la categoría «tecnología», uno de los vectores fundamentales de la velocidad del piel roja, que se libera del caballo y del cuerpo para montarse en un coche, en un tren, en un avión y en un tanque, pero también ahora, gracias a las nuevas tecnologías, para desconectarse definitivamente del tiempo de los árboles, los glaciares y los semáforos y convertir en inmanentes —casi orgánicos— todos los intercambios y todos los contactos. La tecnología, que acelera la Historia y se acelera a sí misma, deja virtualmente atrás el cuerpo como un antepasado más lento y chapucero y como un residuo de su superioridad de facto (pensemos, por ejemplo, en el bombardeo aéreo). La Historia —combinación de guerras y de tecnologías— se puede definir, sobre todo desde hace cinco siglos, al hilo de la aceleración colonial y capitalista, como la fuga organizada del cuerpo y de sus trabas. Pero es imposible huir — pues la huida es también caída— sin recaer en el cuerpo de esa cucaracha que ninguna cucaracha conoce. Son tres las recaídas más comunes. Las recaídas, obviamente, son todas intracorporales, pero inseparables del medio social —de la fuga organizada— que vienen a romper y revelar al mismo tiempo. La primera es el hambre que regresa una y otra vez y ancla nuestra fuga en los ciclos infinitos de la reproducción de la vida. Es el «reino animal» por excelencia conservado y neutralizado en la nevera burguesa. La victoria provisional sobre el hambre se llama «consumo»; es decir, destrucción de recursos como condición de la supervivencia. La sociedad histórica que llamamos capitalismo, que ha mercantilizado el consumo, ha convertido en objeto de consumo todas las mercancías (también las destinadas al uso o a la mirada). Es la primera sociedad de la historia que no tiene tabús alimenticios: se come también las montañas, las lavadoras y los museos. Su victoria sobre el hambre no sólo convierte el mercado en el marco de una insaciable hambruna muy destructiva en términos sociales y ecológicos, sino que transforma al que permanece fuera de él en un «inclasificable» amenazante. Si el



TEATRE NACIONAL
DE CATALUNYA

consumo de mercancías niega el cuerpo, el cuerpo hambriento —el pobre, el no consumidor — tiene más cuerpo del que nuestra sociedad puede soportar. La segunda es el aburrimiento, la experiencia del cuerpo como estanque del tiempo puro: la duración íntima y sin fin de las esperas, de las tardes en el colegio, de las siestas forzadas de verano. Este tiempo que se apelmaza, se espesa y no acaba de pasar tiene cuerpo, nos devuelve al cuerpo, y la llamada industria del entretenimiento, con sus vertientes tecnológica y mercantil, está concebida para impedirlo y —como insiste Bernard Stiegler— para proletarizar también el ocio, que entra en una especie de cadena de montaje en la que la memoria y el disfrute individual desaparecen al mismo tiempo que la amenaza del tedio. Nos aburrimos. El tiempo no pasa; el cuerpo abulta. La televisión nos salva. La tercera es la enfermedad y, en general, el dolor y la muerte. En el siglo XIX, un famoso cirujano francés, René Leriche, definió la salud como «el cuerpo en el silencio de los órganos». La enfermedad —y el dolor— son, por lo tanto, la voz de los órganos, que gritan desde abajo su imperioso «presente». Asimismo, la vejez es un grito que nadie quiere escuchar. Pues bien, esta sociedad sin tabús alimenticios y sin tiempo estancado (ni íntimamente experimentado) está organizada también, a través de la medicalización de la existencia y de la mercantilización de la belleza y la juventud, para negar esos límites. La enfermedad, el dolor y la vejez son inasimilables para el Mercado: constituyen la muerte del consumidor y la resurrección del cuerpo.